

# Valores de una civilización cristiana: *El Mercader de Venecia* de Shakespeare<sup>1</sup>

INÉS DE CASSAGNE

Universidad de Buenos Aires, Argentina

## Resumen

*El mercader de Venecia* es una de las cimas de la literatura universal por su profundidad en el tratamiento de la condición humana. En un primer momento se rescata la apertura en amistad por parte de Antonio hacia su amigo Bassanio, que se entrega sin reservas; se da todo hacia la solicitud noble del amigo. Antonio muestra su grandeza interior, su fidelidad y solidaridad como tesoros del alma. En el personaje de Shylock, se personifica la actitud que desvaloriza a la persona y engrandece el valor de las cosas como el dinero y las propiedades: la avaricia tuerce la realidad y el valor de lo existente; el ser humano es considerado un medio o un estorbo; el dinero y la ganancia (alimentados por el odio y una mente calculadora) se convierten en fines en sí mismos. Hay un enfrentamiento entre dos maneras de concebir el mundo: la de Antonio y la de Shylock; el primero es el único digno de ser llamado “señor”, ya que al modo evangélico es el primer servidor, el que toma la iniciativa para ayudar a los demás, el que tiene una vida interior profunda, el que trata a las personas como seres personales, el que con su actitud es portador del bien, la verdad y la hermosura del alma; todo lo anterior lo hace un personaje noble, que respeta la ley y que al final accede con sacrificio y amor a la misericordia que sobrepasa la mera justicia. Por el contrario, Shylock demuestra lo cerrado de un ser carente de nobleza, que usa la ley a su conveniencia y que se queda en el límite de la mera justicia. Antonio, el mercader, no duda en ofrecerse en sacrificio; esto lo eleva y lo reviste de gran dignidad y amor; esta actitud sacrificial redime y congrega en el amor a varios de los personajes. Al final, la obra termina con un tono festivo y musical que muestra la amplitud de vida y nuevo comienzo, a partir de la misericordia y la rectitud de vida demostrada por Antonio.

**Palabras claves:** Shakespeare, El mercader de Venecia, misericordia, nobleza, usura

### Abstract

*The Merchant of Venice* is one of the summits of world literature for its depth in the treatment of human condition. Antonio's friendship with Bassanio is remarked; he gives himself unreservedly to his noble friend's request. In this Antonio shows his inner greatness, his loyalty and solidarity as treasures of the soul. Shylock's attitude devalues the human person; he embodies and enhances the value of things like money and properties. Greed distorts the reality and value of what exists. The human being is considered a medium or a hindrance; money and gain (fed by hatred and a calculating mind) become ends in themselves. There is a confrontation between two ways of conceiving the world: that of Antonio and that of Shylock. Antonio is worthy of being called "sir"; he is first a server, he takes the initiative to help others, and has a deep inner life, he treats people as personal beings, he embodies goodness, truth and beauty of the soul; all of this makes of him a noble character who respects the law, sacrifice and love of mercy beyond mere justice. On the contrary, Shylock is a being devoid of nobility, who uses the law to his convenience and mere justice. Antonio, the merchant, with his sacrificial attitude redeems with love several of the characters. In the end, the play ends with a festive and musical tone, showing the breadth of life and new beginning of mercy and righteousness of life shown by Antonio.

**Key words:** Shakespeare, The Merchant of Venice, mercy, nobility, usury

### Introducción

**E**l *Mercader de Venecia* es una de las obras dramáticas más conocidas de Shakespeare. Shylock figura entre sus personas más inquietantes y Porcia, entre sus heroínas más atractivas e inolvidables. La trama que los lleva a enfrentarse ante un tribunal casi no necesita ser recordada: ¿Quién no ha quedado para siempre impresionado por la historia del usurero insaciable que se obstina en reclamar, como pago de lo que se adeuda, "una libra de carne" –de carne humana–? ¿Quién no ha sido conquistado por la intervención de la bella y rica heredera convertida en abogada, que con sagacidad y hermosura, tan rica en ingenio como en fortuna, logra

invalidar tan horrible exigencia, dejar en ridículo al perverso acreedor, y llevar esa intriga –que hubiera podido acabar trágicamente– a un desenlace, no solo feliz, sino jocosos y apaciguante?

Sin duda también, tras estas figuras y circunstancias que atraen de inmediato la atención, hay vivencias y principios de vida que merecen ser examinados y ahondados; hay, detrás de todo, un personaje que polariza tales vivencias y principios, que los concentra y resume en su persona de una manera tan profunda, tan íntima y entrañable que en él casi se ocultan. Con todo, mirando bien, es desde él que se proyectan a ese mundo abigarrado que lo rodea; es él quien los inspira y estimula en los demás; es por él, finalmente, por quien se muestra su valía y todo

su alcance. Las vivencias y principios de vida que sustentan la obra son vivencias y principios de una civilización cristiana, y el personaje que los encarna con tal discreción es Antonio, *El Mercader de Venecia*<sup>2</sup>.

### Apertura de corazón y vida interior

El título sugiere ese rol central de Antonio. En la primera escena, aparece rodeado de sus amigos: se ve bien que Antonio les merece el máximo aprecio y el más vivo afecto; la confianza que le demuestran con sus chanzas juveniles se ve moderada por la deferencia y el respeto que le dispensan, lo cual proviene de la conciencia que tienen de la superioridad moral del primero y de su vida interior (que a ellos se les escapa). A diferencia de ellos, no derrocha palabras y se reserva, en cambio, muchas cosas. Mientras estos se acomodan sin más al mundo en que viven, Antonio lo contempla, se recoge; contemplativo, meditativo, en él resuenan preguntas misteriosas, lo cual no significa que sea un hombre pasivo. Por el contrario, Antonio aparece como el más comprometido de todos. Al enterarse de que Bassanio necesita ayuda –a quien lo liga una especial amistad–, se da a él por entero. No le dice simplemente que le prestará el dinero que le pide. Su ofrecimiento lo incluye a él mismo y en calidad de servidor:

Os lo ruego, mi buen Bassanio, hacedme conocer vuestros planes, y si se hallan de acuerdo con el honor, que sé os es habitual, tened por seguro que mi bolsa, mi persona, mis últimos recursos, están *abiertos* para lo que se os presente” (I, 1).

“Abiertos” –“unlocked”, dice el texto en inglés–. Se subraya así su generosidad que nace de adentro, del corazón. Antonio, el meditativo Antonio, el que se reserva en su interior, precisamente por cultivar su vida interior, por tener una gran vida interior, puede decir que la *abre* sacándole el cerrojo (*lock*). Posee su claustro secreto y esto es “espíritu”, lo más auténticamente propio de la persona humana.

Retengamos también la salvedad impuesta: que la ayuda al amigo sea en algo “de acuerdo con el honor”. Curioso este mercader que atiende al “honor”. De él se dice también que es un “mercader real”.

Cabe notar que, por entonces, en ese oficio comercial, se iban tolerando cada vez más conductas que delataban una disminución, no solo del ideal del noble caballero, sino del ideal del hombre en general. La Inglaterra cismática (es decir separada de Roma) acababa de suprimir, en 1571, una prohibición de siglos: la prohibición de la usura. El drama de Shakespeare transcurre en Venecia, ciudad con puerto, donde –como en Génova y Pisa– prosperó el comercio, y donde, a la larga, los burgueses enriquecidos por él empezaron a ceder a la tentación: prestar con interés.

La civilización del Occidente medieval (hasta el siglo XVI) entendía por “usura”, no un interés excesivo –como empezó a entenderse a partir de los reformadores Calvino y Lutero<sup>3</sup>–, sino: cobrar por el “uso” del dinero prestado; todo préstamo a interés, sin más. Santo Tomás de Aquino reafirmaba: “la moneda es solo un instrumento de cambio”<sup>4</sup>.

A nosotros nos cuesta comprender las inquietudes y consultas sobre el tema que se renovaron durante el siglo XVI, a las que respondieron opúsculos

como los del cardenal Cayetano, reeditados año tras año (1498, 1499, 1500, 1511). Si bien a la larga prevalecerá el nuevo criterio de “utilidad” –todavía en 1571, cuando Inglaterra, Suecia y Dinamarca se acogieron al régimen del préstamo a interés–, quedó clara la enseñanza de la Iglesia tras haberse renovado en el Concilio de Trento; el papa Pío V volvió a condenar toda usura y los cambios con fines de lucro.

Cabe recordar otros hechos históricos para comprender el clima de crisis en el que surge este drama de Shakespeare. Solo haciéndonos cargo de esos debates (no formales, sino nacidos de la conciencia cristiana), interiorizándonos, poniéndonos en el pellejo de aquellos hombres de fines del siglo XVI que vivieron tal crisis valoral –valores mercantiles *versus* valores cristianos–, podremos penetrar un poco más en la psicología de este curioso héroe shakespeariano: el mercader de alma caballeresca. ¡Cómo no habría de estar triste Antonio!

### **Avaricia y desvalorización de lo existente**

Para más, el pedido de ayuda de Bassanio pondrá a Antonio en un apuro: ¡tener que recurrir justamente a un usurero! No puede darle a su amigo lo que necesita, pues tiene toda su fortuna en las mercaderías que transportan sus navíos; y en Venecia, en ese momento, no hay nadie que pueda prestarle al modo que él lo hace: sin pedir interés. Al único prestamista al que puede acudir es a Shylock, quien justamente hace de la usura su *modus vivendi*. Entonces, por amistad, Antonio condesciende y pide el dinero a Shylock:

–Shylock– le dice–, aunque yo no pres-  
te ni tome prestado a interés, con la  
condición de dar o recibir más que lo  
tomado a préstamo, con todo, saldré  
esta vez de mis hábitos para subvenir  
a la apremiante necesidad de mi ami-  
go”. (I, 3)

¡Shylock! ¡Cuánto ha puesto Shakespeare en este personaje! O mejor dicho ¡cuánto le ha quitado! Porque lo que caracteriza a este hombre es, paradójicamente, no tener ya casi nada de humano. El ser usurero lo ha colocado en una relación tal con respecto al dinero que le ha invalidado las facultades naturales de ver, sentir, apreciar. Su mirada está cubierta con un velo, o unas gafas, que todo lo colorean a su modo: todo, para él, aparece teñido de interés, de “utilidad”. Es ciego para los valores en general y, particularmente, ciego para los valores personales, ciego para la interioridad propia y ajena. Proyecta sobre quienes tiene delante, esos pseudovalores que a él lo poseen y lo mantienen encerrado en sí mismo. Las primeras palabras que pronuncia en la obra son cantidades: “Tres mil ducados, bien... Por tres meses, bien”. Por cantidades juzga a los hombres. Le importa el “fiador”: no la persona, sino su solvencia monetaria. De esta materia están hechas las reflexiones que retardan su respuesta. Al fin contesta: “Antonio es bueno”. Pero esto no significa una apreciación de calidad, sino de cantidad. Él mismo explica: “Mi significado, al decir que es un hombre bueno, es haceros comprender que lo tengo por solvente”.

Con el mismo criterio juzgará a su propia hija cuando, poco más tarde, se entere de que ha huido de su casa para casarse con un amigo de Antonio,

llevándose una buena parte de sus joyas y ducados. Por toda la ciudad va gritando: “¡Mi hija! ¡Mis joyas! ¡Mis ducados!”. No distingue: la hija también formaba parte de sus posesiones; cuanto más, era para él una empleada confiable que podía vigilar el recinto donde las tenía acumuladas. Shakespeare resalta cómo la casa de este personaje no tiene nada de hogar: no hay en ella ni calidez ni alegría. Shylock cuida bien de aislar a su hija y sus bienes —y todo es una misma cosa— del mundo exterior que no le interesa y que por eso tiene por banal. Se diría que su casa no es sino un banco, sede apropiada de quien ha quedado reducido a su oficio: no ya un hombre, sino mero banquero. En la escena en la que sale de su casa, se puede notar hasta qué punto Shylock y ese recinto se identifican, resultando ambos un mundillo cerrado, completamente centrado en los valores monetarios. Cuando le da sus recomendaciones a su hija, ¿habla de la casa o de él?:

—Estoy invitado a cenar, Jessica, he aquí mis llaves.

¿Pero por qué habría de ir?...

Jessica, hija mía, vigila mi casa. Salgo contra mi deseo...

Escúchame bien, Jessica. Cierra con cerrojo mis puertas, y cuando escuches el tambor, o el vil sonido del pífano... no te encarames a las ventanas... no alargues el cuello para embobarte ante los bufones cristianos..., al contrario, tapa los oídos de mi casa, quiero decir, mis ventanas; que no entre en mi sobria casa el trivial sonido de la vanidad...

Vamos, Jessica, entra ya. Quizás vuelva de inmediato.

Haz como te encargo, cierra las ventanas tras de ti.

Quien atesora encuentra: es un proverbio siempre válido para un espíritu económico” (II, 5).

“Cierra con cerrojo mis puertas” —“*Lock up my doors*”—: esta frase resume el encargo a su hija y el carácter mismo del personaje. Se corresponde con el nombre que le ha dado el autor: Shylock. Es un nombre formado por dos ideas, la de ser “reservado”, “cauteloso”, “esquivo”, “desconfiado”: *shy*; y la de “cerrar”, “encerrar con llave”, con “cerradura”: *lock*. Esas dos ideas componen cabalmente su retrato: retraído de la realidad, no atendiendo sino a los caudales que guarda celosamente; restringe su ámbito vital; se retrae de la sociedad; reduce la realidad a su mundillo recortado y allí se clausura, tapando toda salida —puertas y ventanas, ojos y oídos—, reservándose, esquivo, cauteloso y, por ello, desconfiado.

En este sentido, Shylock es algo así como la parodia de Antonio, reservado también para custodiar su tesoro. Pero ¡qué distinto tesoro! Antonio es rico en valores espirituales, que constituyen su esencia, valores no externos a él, sino asumidos, cultivados en virtudes que brotan hacia fuera dando frutos de auténtica sociabilidad: de simpatía, de amistad, de generosidad.

Shylock es mezquino y avaro; Antonio es magnánimo y magnificente. Aplica el proverbio evangélico: “Allí donde está tu tesoro, allí está tu corazón”. Haciendo del dinero su tesoro, Shylock ha metalizado su espíritu y se ha desencarnado. En cambio Antonio, dispuesto habitualmente a ayudar al que necesita sin sacar por ello ningún provecho, ha ensanchado su espíritu y vitalizado su corazón. “Antonio es bueno”, repiten sus amigos. A Antonio lo llaman todos

“Signior”: es el único a quien se le da ese título en la obra, y lo merece.

### Ser “Señor” es ser “servidor”

Antonio y Shylock representan dos actitudes extremas y por ello incompatibles. De ahí su mutua intolerancia. Antonio desprecia a Shylock, Shylock odia a Antonio. Notemos, sin embargo, la diferencia. Desprecio significa tener a alguien por muy poco o nada. Eso es el usurero a los ojos del “mercader de Venecia”: por eso lo ha llamado “perro”. Más aún: porque lo ve moverse en la sociedad pretendiendo hacerse valer entre los hombres y sacar de ellos provecho ha llegado a escupirlo. Si bien esas actitudes de Antonio pueden resultar chocantes, se explican en un ser que, como él, tiene un concepto tan elevado de la dignidad humana y una sensibilidad tan aguda para con las necesidades del prójimo.

En cambio, el odio suele ser la respuesta de la mezquindad a la grandeza que le resulta incomprensible. También, en el caso de Shylock, nace de la rabia: lo pone fuera de sí ver menguar sus ganancias por la conducta intachable del mercader no usurero. Esto es lo que dice y repite:

—Lo odio porque es cristiano, pero mucho más porque, en su baja simplicidad, presta gratis, y así hace descender la tasa de la usura en Venecia. (I, 3).

Rabia e incomprensión. Shylock no atisba siquiera lo que, para un alma caballeresca, puede significar disponer de bienes. “El que entre vosotros sea el mayor, que sea el servidor de todos”. Esta consigna del Señor por

autonomasia, quien se la aplicó a sí mismo primero (“No he venido a ser servido sino a servir”), se convirtió en ideal de una civilización. Se cumpliera o no, según los casos, era la norma. Pero en una época ya inficionada de mercantilismo, los “bienes” —como se ve en esta obra— tendían a tomarse cada vez más como absolutos, como “propiedades” de las que se dispone autónomamente. Este es el punto de vista de Shylock: ¿qué tiene que entrometerse Antonio “con mi dinero y los intereses que le hago producir”, con “el uso que he hecho de lo que me pertenece”? No ve más que “arrogancia” en la conducta del “Signior” (III, 1).

Mientras Antonio no admite comprar el precio de la amistad con el del “sacrificio de un estéril pedazo de metal”, Shylock se ufana de proponerle “un pacto de amistad”, tan generoso según él, que no consistirá en “tomar ningún interés” por su préstamo al mercader, sino sencillamente en exigirle como “penalidad”, en el caso de vencer el pagaré sin serle restituida la suma, “una libra de vuestra hermosa carne, que podrá ser escogida y cortada de no importa que parte de vuestro cuerpo que me plazca”. Esto es por cierto para él “un ofrecimiento generoso”, porque:

¿Qué ganaría yo al exigir el cumplimiento de tal condición?

Una libra de carne humana ni tiene tanto precio ni puede aprovechar tanto como la carne de carnero, de buey o de cabra... (I, 3)

Estas declaraciones de Shylock ponen en evidencia la perversa transformación que opera en un hombre la pasión de poseer. Desvinculando el poseer de su razón de ser (medio para

subvenir a necesidades), el provecho se le convierte en fin y lo vuelve ciego e insensible para todo lo demás. Justamente él presenta a Antonio su propuesta como una *broma* y habla del *divertido documento* que han de firmar como pagaré porque, desde el punto de vista del usurero, este contrato no le reporta “*nada*”. “Nada” es para él la carne humana.

Pensar así lleva mucho más lejos de lo que parece. Si la carne de un hombre no vale nada, la muerte de quien es obstáculo a la ganancia llegará a justificarse. Lo que sale a relucir en la conversación de Shylock con su pariente Túbal: “Si no está puntual en el día fijado, quiero tener su corazón”. Lo que sigue muestra que para él no se trata sino de remover un obstáculo, tras lo cual podrá él seguir adelante con su actividad habitual: “... porque, una vez fuera de Venecia, podré hacer todo el negocio que se me antoje”. La misma postura nihilista y asesina le hace decir en la misma escena, refiriéndose a su propia hija:

—¡Dos mil ducados perdidos con ese diamante, y otras preciadas, muy preciadas joyas! Quisiera que mi hija estuviera muerta a mis plantas, con las joyas en las orejas; quisiera que estuviera enterrada a mis pies, con los ducados en el féretro... ¡Y no sé cuánto dinero gastado en pesquisas! ¡... y ninguna satisfacción, ninguna venganza...! (III, 1)

En la figura extrema –caricaturesca– de Shylock se revela el nihilismo de la codicia y, con ello, el peligro que, en última instancia, representa para la persona y para la sociedad el hecho de que en ellas vayan ganando terreno los

valores materiales inferiores a costa de los superiores, los espirituales.

### La nobleza, ideal propuesto a todos

La obra, también contribuye a subrayar el peligro de la subversión de los valores en la intriga paralela de los cofrecillos propuestos a la elección de los pretendientes para obtener la mano de Porcia. Los primeros muestran, por su elección y sus palabras, que son atraídos por las apariencias engañosas de la plata y el oro. En cambio Bassanio, amigo de Antonio, refleja su ideal de vida en la declaración que le hace a Porcia:

—Cuando por primera vez os confesé mi amor, os dije libremente que toda mi riqueza corría por mis venas...: que era un caballero... (III, 2)

Bassanio está ratificando una jerarquía de valores en que primero es la nobleza, y “nobleza obliga”.

Esta jerarquía de valores y su relación con el cristianismo es reconocida en la obra también por los plebeyos. Hasta el pícaro Launcelot piensa que gana cuando pasa “del servicio del rico Shylock al de tan pobre caballero” como Bassanio: “Vos –le dicen– tenéis la gracia de Dios; él, la opulencia” (II, 2). Esta concepción de la nobleza, al encarnarse de la manera más plena en Antonio –que no es un noble por condición, sino un mercader de alma noble– muestra que se trata de una índole primariamente espiritual y, por lo tanto, de un ideal universal, propuesto a todos.

Hasta Shylock será invitado por el Dux de Venecia –al inaugurar la sesión del tribunal convocado para fallar acerca

del pagaré— a integrarse en la sociedad que valora tal modo civilizado de vida.

### Respeto, y no uso de la ley

En la sala de justicia de Venecia tiene lugar —públicamente y en una forma solemne— la confrontación entre esos dos modos de vida.

Ante todo llaman la atención las actitudes tan distintas de Antonio y de Shylock frente a la ley. Mientras el primero se somete a ella, el segundo la usa —hasta en eso es usurero—. Antonio reconoce en la ley la expresión de un orden superior que garantiza la existencia de la comunidad; comparece ante ella con respeto y convencido de que su cumplimiento es necesario (aunque en su caso le signifique un fallo de muerte: “El Dux no puede impedir el curso de la ley...por lo tanto, adelante...” (III, 3). Ahora, en presencia de todos y frente al Dux que lo compadece por no haber logrado convencer al inexorable acusador, ratifica su disposición:

—Puesto que ningún medio legal puede sustraerme al alcance de su codicia, voy a oponer mi paciencia a su furia.

Estoy armado con espíritu sereno para sufrir la tiranía y la rabia del suyo. (IV, 1)

Contrasta la postura del usurero y tanto más cuanto que a este se le da aquí la oportunidad de ponerse a la altura de una sociedad civilizada. El Dux, en su nombre y en el del pueblo de Venecia, lo trata como a uno de sus miembros, descarriado sin duda, pero de quien se aguarda un cambio positivo. Solemnemente apela a su entraña humana cuando le dice que todos esperan que dispongan de esa “extraña

aparente crueldad” y que, no solo renuncie a exigir la libra de carne estipulada, sino también que —“tocado por humana caballerosidad y amor”— ceda al arruinado mercader la mitad del dinero que este le adeuda. Recordándole el hundimiento de los navíos de Antonio, el Dux exhorta a Shylock diciendo que tal pérdida ablandaría aun a aquellos “que no han sido educados en los deberes de la tierna cortesía” y concluye: “Todos aguardamos de ti una respuesta caballeresca” (VI, 1).

Por boca del Dux habla una sociedad que estima la ley y rige por ella su conducta. Además, ella distingue entre la ley que regula las relaciones contractuales y una ley natural que corresponde a la naturaleza humana plenamente realizada por la educación. Es la ley de la *gentleness*, de la caballerosidad y la nobleza. Esta ley, también llamada de cortesía por haber sido cultivada en las cortes, ha pasado a animar a todo un pueblo, reconocida al menos por todos como un ideal al que se debe aspirar. Es una misma ley que toma diversos cauces: amistad, fidelidad matrimonial, generosidad, respeto, misericordia, perdón. Todas estas variantes, y algunas más, aparecen enaltecidas en esta obra. Y nótese, en muchos casos, en inglés, se las llama con el nombre que las abarca: amor... “love”.

Una manifestación más de esta ley de amor es el llamado a Shylock para que se integre en ese ámbito humano: ¡que reaccione al menos ahora! Pero desgraciadamente prevalece su hábito de tomar exclusivamente lo que le conviene. Extrae de la ley solamente la parte contractual que le viene bien y da como mera explicación sus gustos:

Me preguntaráis por qué prefiero tomar una libra de carroña que recibir tres mil ducados. A esto no responderé sino diciendo: es mi capricho. ¿Qué tal la respuesta? ¿Y qué si una rata perturba mi casa y a mí me place dar mil ducados para librarme de ella? Veamos aún: ¿he respondido?

Sigue una lista de ejemplos para demostrar que a cada uno le molesta una cosa diferente, hasta llegar a concluir:

Porque la inclinación, dueña de la pasión, maneja lo que gusta y lo que se odia. Esto, en cuanto a la respuesta... Así, yo no puedo ni quiero dar otra razón sino que tengo por Antonio un odio profundo y una indudable aversión, lo que me lleva a intentar un proceso contra él, que para mí es una pérdida. ¿He contestado?" (IV, 1)

No es un argumento racional, sino un índice de haber caído en el rango que Aristóteles cataloga de "ferocidad". Inútil seguir hablando con semejante "lobo"...; queda únicamente "otorgarle su pretensión" para que se cumpla la "justicia". Antonio dice: "pronunciad mi sentencia...". Sin embargo, Shylock todavía recibirá otra invitación a cambiar de actitud.

### **La misericordia corona a la justicia**

El joven abogado que se presenta al Dux como enviado por el sabio Belario de la universidad de Padua – que es Porcia disfrazada– demuestra un extraordinario conocimiento de la ley y los procedimientos judiciales. Todo lo cumple puntillosamente: el reconocimiento de las partes, el del

pagaré y su adecuación a la ley. Tras lo cual infiere: "Entonces el judío debe mostrarse misericordioso".

¡Notable conclusión! ¡En el procedimiento legal, apelar finalmente a la misericordia!. Esto no hace sino reforzar la impresión y la expresión, en la obra, de un orden valoral que impregna la vida personal y social; hay una ley más alta que la estricta ley escrita, que la anima, y cuya soberanía todos reconocen. No así Shylock, quien, tan sólo movido por la pasión, pregunta: "¿Por qué compulsión debe hacerlo? Decidme". Y el abogado aprovecha la pregunta para enseñarle:

La propiedad de la misericordia es el no ser forzada; cae como la gentil lluvia desde el Cielo sobre el llano que hay abajo; es dos veces bendita: bendice al que la da y al que la toma.

Es lo que hay más poderoso en lo que es poderoso: sienta mejor que la corona al monarca en su trono. Su cetro muestra la fuerza del poder temporal, el atributo del respeto y de la majestad que hace temblar y temer a los reyes. Pero la misericordia está por encima de ese arrastre del cetro, tiene su trono en los corazones de los reyes, es un atributo de Dios mismo; y el poder temporal luce como el de Dios cuando la misericordia sazona a la justicia. Por lo tanto, Judío, aunque te apoyes en la justicia, considera esto: que en el curso de la justicia, ninguno de nosotros hallaría salvación; rogamus para obtener misericordia; y esta misma oración nos enseña a todos a devolver los actos de misericordia... (IV, 1)

Esta lección resuena como un himno. Es un canto de alabanza a una cualidad

divina que se refleja en la redención de Cristo, marcando el hecho de que ninguno de nosotros, hombres pecadores, podría esperar dicha redención del mero curso de la justicia divina. La justicia proclama que somos pecadores. Solo por la misericordia de Dios, por su amor, somos salvados. Conscientes de ello, “todos pedimos misericordia” y, por eso, a la vez, debemos ser misericordiosos. Se hace oír aquí el eco del “Padre Nuestro”: la misma plegaria que nos hace pedir que nos perdone Dios es la que nos enseña a perdonar. Al ejercer la misericordia, nos asemejamos a Dios. Por ella participamos de su realeza y de su señorío. Ella nos confiere una peculiar nobleza, más allá de todo título: la nobleza de corazón. No fundada en lo que se posee, sino en lo que se “es”. Nótese la distinción que hace la abogada: entre la corona y el cetro, que son señales de un poder acordado externo a la persona del rey, y aquella virtud que “tiene su trono en el corazón”. La misericordia no se recibe ni se posee: nace de las entrañas mismas de la persona. Es ella, en última instancia, la que vuelve cabalmente “rey” a un rey.

Este alegato es central en la obra. Da la clave de la sociedad civilizada que el dramaturgo quiere defender. Se trata de una sociedad civilizada por el cristianismo, que llegó a ser lo que es dejándose enseñar por la ley del Evangelio, y atreviéndose a fundar su *modus vivendi* en el ejemplo y la fuerza de la Redención de Cristo.

Tras largos siglos de civilización cristiana, en el momento cuando Shakespeare escribe y representa esta obra, ya están penetrando en la sociedad europea nuevos puntos de vista sobre la vida. El empuje de la visión “mercantil”, por más progresista que sea en el ámbito del desarrollo

económico, conlleva el peligro de trastocar la escala de valores humanos. De allí que el drama comporte ante todo, un llamado de atención: no sea que por “tener” olvidemos “ser”, no sea que por dominar el mundo exterior olvidemos dominarnos a nosotros mismos.

En aquel momento la realeza cambiaba: los reyes se afianzaban en las naciones con la pretensión de un poder absoluto, no solo político sino incluso religioso (que sus legistas convalidaban mediante un retorno a la aplicación del derecho imperial romano), y con la ayuda económica de una burguesía cada vez más poderosa; se dejaba de lado la tradición medieval del rey comprometido a “servir a su pueblo” (a semejanza del Rey – Redentor): era, pues, necesario recordar este fundamento de la verdadera “realeza”.

En esta obra la imagen cristiana del rey se hace patente a través del personaje central, el Mercader de Venecia, a quien sus amigos y el Dux han llamado “mercader real”. Antonio recién va a hacer suya plenamente esta cualidad al acoger la lección de Porcia: perdonando de corazón a su verdugo, intercediendo para reducir la multa a la que es condenado y, sobre todo, apelando a su vez al corazón del usurero enquistado, encerrado, para que se abra al orden cristiano de la gracia. Este es el sentido profundo del llamado a Shylock a la conversión. Tal conversión se vuelve “posible”, tras la total conversión de Antonio que tiene lugar en este tribunal. Antes, este despreciaba al usurero, lo cual era “estricta justicia”. Solo al ceder a la misericordia, al abajarse a perdonar, adquiere Antonio la auténtica grandeza. Solo por esta última humildad llega a ser por completo magnánimo. Es entonces cuando

el adjetivo “real” –que se le adjudicaba (como el cetro a los reyes)– se vuelve epíteto, por estar intrínsecamente inseparable de su ser: “mercader real”.

### El sacrificio que redime y congrega

Antonio recuerda la figura del Rey-Cristo pues asume una deuda a favor de un amigo y está dispuesto a pagarla derramando su propia sangre. La disposición de ayudar a Bassanio era total desde el principio: ponía a su disposición “no sólo su bolsa y sus recursos”, sino su “persona”. Ahora en el tribunal reitera su intención a Bassanio vinculándola con la inmolación por amistad: “que juzgue [tu esposa] si Bassanio tuvo o no un amigo... Pues si el judío llega a cortar bien hondo, yo pagaré vuestra deuda con todo mi corazón” (IV, 1).

Resuenan acá las palabras de Jesús en la última reunión: “Nadie tiene amor más grande que aquel que da la vida por sus amigos”. En esta disposición, el mercader es figura de Cristo. Finalmente Antonio no muere, pero el sacrificio ya estaba ofrecido. Entonces, no es un azar; en el último acto, la frase con que Bassanio lo presenta a su esposa: “This is the man” –Este es el hombre–. Dicha frase trae el eco del Evangelio: *Ecce homo*. “Éste es el hombre, el hombre cabal, que es todo corazón”.

La prueba del amor es dar la vida por los que se ama. Cristo lo hizo y, desde entonces esto garantiza, en el mundo, el reinado del amor. Su sacrificio lo hace Rey, instaura su reino entre los hombres a quienes hace “raza de reyes” (epístola de San Pedro). En la medida en que hagan suya la disposición de su Rey, participan de su realeza. De allí nace toda sociedad cristiana, sus

instituciones y relaciones, los vínculos cordiales entre gobernante y gobernados, y también el vínculo matrimonial.

No es casual que esta historia de amistad termine con reiterados juramentos de fidelidad entre esposos: Bassanio y Porcia, Graciano y Nerissa, Lorenzo y Jessica; todos reunidos alrededor de Antonio, quien les ha mostrado lo que significa ser fiel. El matrimonio es un sacramento y nace como todos los demás de la llaga abierta del costado de quien se inmoló, el primero, por su Esposa.

Así Antonio juega, en este último acto, el papel de garante de las bodas que se celebran. Responde nuevamente por Bassanio ante Porcia en cuanto al anillo nupcial:

Yo di una vez mi cuerpo, por su salud...Y otra vez me comprometo, mi alma como pago, a que vuestro señor ya nunca más quebrará su fidelidad. (V, 25 ss.)

Y Porcia lo acepta: “Entonces, vos seréis su fiador”.

La presencia del “Mercader real” tiene ese valor eficaz en la sociedad en que vive. Gracias a él todos pueden conocer de qué es capaz un cristiano y aspirar a algo semejante. Basta que uno llegue a tal grado de heroísmo. Basta que los demás lo reconozcan y lo admiren, como aquí sucede.

Lo notable, en este drama, es que Shakespeare haya elegido a un mercader como “centro” y “corazón” de esta sociedad.

Antonio no es monje, ni fraile, ni eremita; sin embargo, tiene algo de ese tipo: ser solitario y meditativo, a diferencia de los demás jóvenes, sus amigos, que son activos, juguetones, dicharacheros.

Esto no impide que lo rodeen y acudan a él con respeto, admiración y confianza. Siendo cabalmente “persona”, por su vida interior, irradia lazos de verdadera sociabilidad. La sociedad es “sociedad de personas” y hacen falta personas para formarla con lazos de corazón.

El que en Antonio coincidan tal calidad de persona con el oficio de mercader resulta altamente admirable y significativo. En aquel momento histórico en que el “ser” y el “tener” parecían empezar a oponerse, es un verdadero desafío el de Shakespeare mostrarlos íntimamente unidos. Parece querer decir: aceptemos que está acabando la época de los nobles y los caballeros; encaremos los nuevos tiempos de los burgueses y su actividad mercantil, pero atrevámonos a insuflar en este tipo de hombre y en su quehacer el espíritu del cristianismo que es universal, aplicable a diferentes épocas y destinos. Antonio demuestra que también un mercader puede ser “real”, puede ser un “señor”. Con la realeza auténtica de aquella “raza regia” que engendró con su sangre el Salvador-Rey; a su semejanza, con el señorío de los que obran como “servidores de todos”. Dadas estas condiciones, también la sociedad de mercaderes puede ser cristiana.

### **La música de las esferas resuena en los corazones**

Shakespeare hace culminar su drama en una escena de máximo lirismo, musical en el sentido cabal de la palabra. La celebración de las bodas, en el último acto, es precedida por un cántico de los esposos Lorenzo y Jessica, que reúne la música de sus corazones con la música de la noche

estrellada e iluminada por la luna. El dúo de los enamorados es como un responsorio: alternativamente cada uno reitera la frase inicial, que vuelve como *ritornello*: “In such a night...” (“En una noche así...”); luego, cada estrofa recuerda a una pareja de célebres amantes: Troilo y Crésida, Príamo y Tisbe, Dido y Eneas, Medea y Jasón. El *ritornello* trae el son de lo que no cambia y siempre se repite a lo largo del tiempo en el ámbito de la naturaleza: “una noche así”; la referencia a los amores míticos refuerza la aseveración de la permanencia del amor en la existencia humana.

Aquí y ahora, Lorenzo y Jessica insertan su amor en esta línea que trasciende más allá de las fronteras de la muerte. Hay una perfecta con-sonancia entre la música de las esferas y la música de sus corazones. En última instancia ambas reflejan, según expresan los cantores, la música inaudible del Cielo en el que los querubines, eternamente jóvenes, cantan celebrando a Dios, objeto de su contemplación.

El momento es eminentemente contemplativo. Los jóvenes, aquí y ahora, abren los ojos y los oídos al misterio del cosmos: perciben esa “música inescuchada”<sup>5</sup>, de la que dan testimonio los místicos: “la música callada, la soledad sonora” (como dice un contemporáneo de Shakespeare, San Juan de la Cruz), y la descubren como la fuente de donde dimana la música de sus propios corazones<sup>6</sup>. El amor humano también es música: reúne en armonía a los seres desde sus centros personales. El amor es con-cordia: corazones que resuenan al unísono, y no solo entre sí, sino con el orden cósmico creado por Dios. La palabra griega “sin-fonía” dice bien de esta unidad ordenada de los elementos

varios que componen la realidad: es un sonar conjuntamente, como bajo la varita de un director de orquesta, dando entre todos una melodía única y total.

Shakespeare da aquí la clave de su historia: no fue ésta un episodio aislado; lo que sucedió en su drama se inserta en el gran orden universal, orden del Amor. El amor humano toma diversos rostros, tal como se vio en la obra: amistad, misericordia, perdón, pasión amorosa, compromiso nupcial, fidelidad matrimonial. Mas todos ellos proceden del Amor del que da testimonio toda la literatura medieval y renacentista, en la que confluyen la tradición platónica del *Timeo* y la revelación bíblica de la Sabiduría, el Amor del que habla Dante: “L’Amor che muove il sole e l’altre stelle”.

Es el Amor divino el que da sustento a todas las formas del amor a la sociedad y a la civilización. El orden social tiene su respaldo en el orden universal, eterno e inmutable. Los valores humanos son anteriores a los individuos y trascienden a las épocas históricas. Existe este Orden del Amor hay un criterio seguro para medir la conducta humana, más allá de cualquier convencionalismo o código moral, como lo hace aquí Lorenzo. Justamente, porque contempla el orden total, está en condiciones de emitir el juicio:

El hombre que no tiene música en sí mismo, que no se mueve con la concordia de los suaves sonidos, es capaz de traiciones, estratagemas y destrucciones; las mociones de su espíritu son tenebrosas como la noche, y sus efectos, oscuros como el Erebo: no se puede confiar en tal hombre. (V, 83/7)

Inversamente, porque existe tal orden inmutable, que es como música, es posible también jurar como lo hace Porcia: “por las benditas luces de la noche” (V. 220)

Porque Shakespeare confronta lo pasajero con lo eterno, los sucesos que se desarrollan entre Venecia y Belmont con el gran orden del Amor y la música celestial —el “nunc” son el “semper”—, es que su obra trasciende lo meramente histórico y, como las tragedias griegas que tiene por marco el ancho cosmos, adquiere un valor universal. Ante ella, nosotros, espectadores, hemos realizado una vez más la experiencia del gran “teatro”, el lugar en que —como lo dice la palabra misma— “se contempla y se admira”, según la regla: “digna de ser representada y contemplada en un drama es solamente una existencia regida por valores elevados”<sup>8</sup>.

### Notas y bibliografía

1. Ponencia presentada en el IX Encuentro Mesoamericano “Escritura-Cultura” 2014 organizado por la Universidad de Costa Rica y Editorial Promesa.
2. Véase Romano Guardini, *Il mercante di Venezia di Shakespeare*, en *Linguaggio, poesia, interpretazione*, Morcellina, 1971.
3. En palabras de Calvino: “Bien sería de desear que la usura fuera en todas partes desterrada, pero, puesto que es imposible, hay que ceder a la utilidad común”.
4. Véase *Suma Teológica*, II, 2.
5. T. S. Eliot, *Four Quartets*, 1.
6. Véase también Fray Luis de León, Oda a Salinas.
7. Divina Comedia, Paraíso, c. 33.
8. R. Guardini, 1971.

